constituyen multitud los individuos que van tan campantes por esos mundos, luciendo un cuerpo y una vestimenta del siglo XX. debajo de una cabeza de la Edad Media. Nuevos por la forma, vetustísimos por el fondo, son el más prodigioso y ciclópeo anacronismo. La manera de ver y de juzgar de sus antepasados ha reencarnado en ellos en toda su integridad. Sin quitar ni poner en ninguna parte, sin disentir nunca de lo usual y corriente, sin expresar un concepto suyo sobre ninguna materia, pasan por la Vida como juguetes mecánicos efectuando una existencia esencialmente fisiológica. Su intelecto padece de ataxia progresiva, conducente a la momificación encefálica.

Por todo esto, es frecuente hallarse con seres humanos que no tienen el menor reparo en murmurar del prójimo, pero que se oponen a la más liviana controversia. En cualquier tertulia, mientras que se chismorrea o se habla de asuntos hueros, todo marcha sin obstáculos; siendo raro tropezar con algun espíritu selecto que trate de dar a la conversación mayores y mejores vuelos. Mas en cuanto que alguien pretende discutir, aunque sea del modo más razonado y comedido, un punto de religión, de moral, de sociología, etc., brotan las protestas más o menos crudas, las voces se ponen temblantes, una mezcla de indignación y de temor se insinúa en los rostros, y no faltan contertulios que se apresuren a decir:— Si le parece, hablemos de otra cosa.

Es este un profundo mal social, que urge corregir. Rechazar la discusión significa rechazar la luz, el esclarecimiento, la renovación, el adelanto, la sapiencia. Discutiendo, ignoramos mucho; si no discutiéramos, nuestra ignorancia sería siempre total.

Si pensamos, si elaboramos ideas, si las hacemos ingresar en los jardines de nuestro amor, si las conceptuamos buenas y verdaderas y hermosas, si apetecemos sembrarlas y difundirlas, estamos en el deber inexcusable de contrastarlas con las ideas de nuestros semejantes, afanosos de descubrir leal y sinceramente si son ellos o somos nosotros las víctimas del error. La Verdad no puede aquilatarse más que discutiéndola, es decir, mirándola frente a frente desde todos los puntos de vista.

Los convencidos anhelan discutir, los sectarios lo repudian. Negarse a discutir representa el reconocimiento de la propia incapacidad, del propio error, de la propia carencia de ideas, de la propia pusilanimidad.

Si tener ideas y propagarlas constituye un lujo y un delito, yo me declaro con deleite lujoso y delincuente incorregible.

J. M. Blázquez de Pedro.

La doble moral

Erase una vez un Hombre que se desposó con una Mujer. Transcurrido un tiempo, un día el hombre declara:—Yo amo a todas las mujeres. Tengo necesidad de mucho amor.

Y la mujer dijo:—Yo amo a todos los hombres. Yo también tengo necesidad de mucho amor.

Mas el Hombre replicó:—Si tú hablas así, yo te abatiré de un mazazo en la cabeza.

Y la Mujer se inclinó diciendo:—Perdóneme, mi señor y mi amo.

Diez mil años pasaron. El hombre declaró de nuevo:—Yo amo a todas las mujeres. Me es necesario mucho amor.

Y la mujer respondió:—A mí también me es necesario mucho amor. Yo amo a todos los hombres.

Mas el hombre replicó:—Si tú hablas así, yo me divorciaré de tí y entonces difícilmente podrás ganarte el pan.

Y la Mujer dijo:—Tú eres un bruto.

Cien años pasaron y el Hombre repitió:—Yo amo a todas las mujeres. Me es necesario mucho amor.

Lo mismo me sucede a mí,—retrucó la Mujer.—Yo amo a todos los hombres. Me es necesario mucho amor. Y, como tú bien lo sabes, yo puedo ganarme el pan toda sola.

Y el hombre respondió:—Si tú hablas así, forzosamente deberé de aprender a conducirme mejor.

Y la Mujer dijo:—¡Por fin!

Upton Sinclair

El verdadero maestro será el que se abstenga de imponer al niño su propia voluntad, sus propias ideas, y apele, en medida creciente, a las energías del niño mismo. *Francisco Ferrer Guardia.*

Tomad el bien donde quiera que se encuentre. *Voltaire.*